

LA REVELACION.

REVISTA ESPIRITISTA.



Año V.

SALE UNA VEZ AL MES.

Núm. 3.

ALICANTE, 20 DE MARZO DE 1876.

SOBRE LA LIBERTAD RELIGIOSA.

El eminente orador D. Emilio Castelar, pronunció, como todos los suyos, un eloquente y florido discurso, el día 16 de Marzo en la disension del Mensaje. De él tomamos todos los párrafos que dedicó este estadista á la cuestion religiosa, capitalísima para nosotros, que hemos de vivir con la libertad y por la libertad, y hemos juzgado prudente darlos á conocer á nuestros lectores, ya que no nos sea posible por la índole de nuestra Revista, insertar íntegra toda la oracion, joya riquísima añadida á la corona de gloria que ha ceñido la fama á nuestro compatriota, el primer orador del mundo.

Pálido fuera cuanto nos atreviéramos á decir compararlo con las elucubraciones, las imágenes, los conceptos y las dolorosas y amargas verdades que siguen. Lean nuestros suscritores y mediten con calma lo dicho por el Sr. Castelar.

• Y que estais empeñados en ese camino, me lo demuestra, ante todo y sobre todo, cuanto aquí he oído yo acerca de la cuestion religiosa. Pues qué, ¿no he oído yo decir al Sr. Ministro de Gracia y Justicia, que una gran parte de la victoria obtenida sobre los carlistas se debe á concesiones hechas al clero? ¿Y no equivale esto á declarar oficialmente la rebelion del clero? Pues qué, ¿no he oído yo de labios de ese

orador asombroso, del Sr. Moreno Nieto, al cual oímos siempre con entusiasmo, por la riqueza de su elocuencia y por la variedad de sus ideas, no le he oído yo decir que deseaba la restauracion de las relaciones entre la Iglesia y el Estado propias de la Edad Media? Otro ménos conocedor de S. S. que yo, atribuíale la aspiracion á que el Papa fuera el sol de las esferas políticas; á que se restauraran las pruebas del agua y el fuego; á que se restabliesera el pacto de Carlo-Magno; á que volviesen aquellas antiguas instituciones, las cuales daban á la autoridad religiosa por todo bánclo el cetro y por todo altar el fendo; á que se reprodujera el millenarismo, el temor á la muerte, al juicio final, de aquellos séres que oían las trompetas de los ángeles en los aires y se preparaban para la ruina del planeta; terror repetido en las catedrales bizantinas y en sus esculturas medrosas; terror repetido en las estancias del Dante, donde hay algo más horrible que el rechinar de los huesos y el hervir de la sangre, y es el «dejad toda esperanza» verdadero lema de reprobacion eterna, marcado en la frente del feudalismo y la teocracia. No, no; las sociedades modernas en su gran movimiento y en su gran trasformacion no han hecho otra cosa mas que destruir los Poderes sacerdotales y su intrusion en los Poderes civiles. La fundacion de las Monarquías modernas; la invencion de la imprenta; las grandes Concilios del siglo XV; el descubrimiento de América; las artes inspiradas en el paganismo; el espíritu galicano, que tanto combatió Roma en la persona augusta de Bossuet; la reforma religiosa; la revolucion de Inglaterra y Holanda; el espíritu bílico del siglo XVIII; el génio de la Enciclopedia; la re-

volucion moderna; todo eso no es mas que una especie de trabajo geológico por el cual se van los Poderes teocráticos petrificando en el frío pasado de la historia, mientras el calor, la vida, la idea, producen otra sociedad con el estatimiento de la libertad, dotada y movida por la vocación incontrastable hacia el progreso.

Lo único que habeis concedido es la libertad religiosa; pero vuestra libertad religiosa me parece una verdadera entelequia, sin realidad en la vida. Libertad religiosa es libertad del pensamiento. ¿Y qué es de la prensa? Libertad religiosa es el derecho á optar á todos los cargos públicos, cualquiera que sea la religion y las creencias que se profesen; ¿Y dónde está ese artículo en vuestro proyecto de Constitución? Libertad religiosa quiere decir libertad de la ciencia, porque al fin, señores, ¿por qué nos hemos de cagar? aquí no somos protestantes. Yo no soy protestante; ¡qué habia yo de ser protestante! Aquí la mayoría de los españoles, y no digo asda de mí, que como Representante de la Nación guardo respeto á las creencias asociadas, la mayoría de los españoles que no son católicos, son libre-pensadores, y la libertad religiosa era un artículo escrito, reclamado y conseguido para todos los disidentes del culto oficial, y con especialidad para los libre-pensadores. Libertad religiosa quiere decir matrimonio civil, y habeis anulado el matrimonio civil al matrimonio religioso. Habeis hecho más; habeis abolido ciertos matrimonios celebrados bajo el amparo de las leyes. Yo digo todo mi pensamiento á la Cámara. Será por respecto á las creencias de nuestros padres; será por sentimiento religioso; será por atoral misticismo; será por hábito; será por lo que se quiere; pero yo profeso la opinion de que aquel que se consagra al ministerio religioso; aquel que tiene la vocación divina; aquel que vela sobre la cuna de la infancia; aquel que enseña el ideal de la eternidad; aquel que bendice la familia; aquel que asiste al moribundo; aquel que se postro sobre el sepulcro y endereza á Dios el alma de los muertos, no debe tener más esposa que la Iglesia, al más amor que la aspiración á la eternidad y á la bienaventuranza. Pero creo tambien que no se puede exigir á la naturaleza humana ese gran sacrificio, en el cual se molan, no solo incontrastables impulsos naturales, sino tambien afectos entrañables, sino cuando la espontaneidad del libre albedrío los ofrece. Casos se han dado de mu-

tres hombres, como Miguel Aangel, Kant, Platon, Newton, Espinosa y otros tantos, los cuales no han tenido más esposa que la poesia ó la ciencia, ni más posteridad que la larga é inmortal de sus obras. Pero estos sacrificios, que son como la abnegación de la vida en el guerrero, como la inoculación del virus ponzoñoso en el médico, y como el abandono de patria, de hogar, de familia, en el descubridor y en el marino, ¡ah! no pueden exigirse con la frecuencia y con la universalidad con que se exige hoy en nuestros pueblos latinos. Pueden valer, y vienen con frecuencia, conflictos entre una vocación poco resuelta y una naturaleza impetuosa, como lo han padecido dos grandes poetas franceses en el *Jocelya* y en *Nuestra Señora de París*, un gran poeta inglés en la admirable obra titulada *Fray Filipo Lipi*. Mientras el religioso persevera en la religion católica, la ley ha querido que no pueda romper sus votos. Pero en cuanto abandona sus creencias, la ley ha querido que pueda abandonar tambien sus votos. Y dicho esto, no discutamos las leyes, no discutamos sus fundamentos; entremos con resolución verdadera en el texto escrito y viviente. Será cuanto queráis; *mala lex, sed lex*. No la discutamos. Podríais haberla revocado, teníais derecho á revocarlos por los procedimientos legítimos; pero á lo que no teníais derecho era á darle efecto retroactivo, á castigar á un ser inocente como la infeliz esposa, á castigar otro ser más inocente todavia, el hijo, que solo ha cometido el crimen de nacer, y que por haber nacido, le condeñan á la mayor de las penas, á la orfandad de la honra.

Pero se ha hecho más. Sres. Diputados, se ha hecho más. Esa teocracia implacable ha entrado en los cementerios, sublimes como los templos; se ha dirigido á las tumbas, henchidas de los misterios de la eternidad y rodeadas por el respeto de todos los pueblos conocidos y hasta de los pueblos salvajes; ha escarbado aquella tierra consagrada por las oraciones y por las lágrimas; ha extraído los huesos por donde corrió la luz del pensamiento, el fuego de las pasiones, la electricidad de la vida, y los ha arrojado á los muladares y á los estercoleros como si fueran restos de perros; los ha arrojado al olvido, donde no puedan recibir el culto á la muerte, que es tambien el culto á la inmortalidad y á sus inefables promesas; y procediendo así, la teocracia implacable ha herido la santa maternidad de la naturaleza, y ha usurpado el

inapelable juicio del Eterno. ¡Ah! ¡Maldita intolerancia religiosa! ¡Mil veces maldita intolerancia religiosa! No le basta con habernos arrancado aquella gloriosa raza judaico-española que ha dado á Spinoza y á Blauin, quizás el primer filósofo y quizás el primer patriota de la historia moderna; no le basta con haber expulsado aquella raza de agricultores que derramaron por las tostadas costas del Mediterráneo la vida y la abundancia; no le basta con habernos aislado de la comunicación con el espíritu moderno, reduciéndonos al aislamiento y asemejándonos al personaje simbólico de Calderón, que miraba y envidiaba la libertad del ave, del pez, mayor ciertamente que la nuestra; no le basta con haber encendido la guerra civil y haberla alimentado, porque la teocracia sola ha llenado de cadáveres los abismos de Monte-Jurra y la cima del Gnadalmes; ella, la teocracia sola, ha teñido de sangre el Nervion y el Bidason, el Túrta y el Ter, sembrando este ódio de unos partidos, los cuales se combaten con la injuria y la calumnia y el exterminio, vertiendo este ódio, esta guerra semejante al ódio y á la guerra de las especies inferiores; no le basta con todo esto; se ha dirigido á las tumbas, y ha llevado á las regiones de la paz, de la única paz perpetua, el furor de sus rencores y la tea de sus venganzas.

Pero, señores, no es de extrañar, no puede extrañarme esto de las autoridades religiosas, cuando lo han hecho también las autoridades civiles. El Sr. Ministro de la Gobernación ha debido saberlo y ha debido evitarlo. Pero lejos de evitarlo, ¡ah! lo ha alentado. ¿No saben los Sres. Diputados lo que cuenta este folleto que voy á entregar á la consideración del Congreso? Existía y existe en San Fernando un presbiteriano inglés, el cual, en uso de su derecho, había construido en pobre granero, por no tener otro sitio, modesta Iglesia evangélica. Este presbiteriano puso el lema de su religión á la puerta de su templo, y pidió permiso á la autoridad competente para abrir su culto. La autoridad competente le negó el permiso, diciéndole sin razón y sin fundamento alguno, que era necesario ver si tenía condiciones de solidez y hasta de salubridad la Iglesia. La Iglesia era sólida y salubre; así lo declaraban los maestros de obras y los arquitectos; y sin embargo, se borró el lema de la Iglesia evangélica, y hasta se impidió la inauguración del culto. Este era un atentado; pero el atentado más grave consistía en la manera de llevarlo á cabo. Aquel

alcalde insultaba á la religión evangélica en su comunicación oficial: aquel alcalde comparaba irreverentemente la magnificencia gótica de nuestras catedrales con la pobreza del humilde granero, cual si no hubiera tanto cristianismo en las oscuras calaveras como en los bronces, en los mármoles y en los mosaicos de San Pedro: aquel alcalde comparaba el rótulo de «Iglesia evangélica» con el rótulo de una fábrica de naipes ó de una tienda de vino de pelcon; aquel alcalde hablaba de una supuesta letanía, y se revolcaba en grandes consideraciones sobre la perturbación que debían llevar los pútridos miasmas á las meditaciones de los presbiterianos: aquel alcalde, por último, decía que el Dios evangélico le importaba á él tanto como el zancarrón de Mahoma ó el Dios Brahama de la India. ¿Cómo he de extrañar yo la guerra de nuestras provincias del Norte? No me extraña que en aquel país donde su habla la lengua enskara, en la cual no cabe el espíritu moderno, tenga el cura tan grande influencia para arrastrar á los naturales de sus hogares y conducirlos á combatir por el clericalismo, cuando en la isla gaditana, en aquella encrucijada de los continentes, en aquel puerto donde han abordado todas las razas y se han reunido tantas veces todas las naves de la flota, hay un alcalde que injuria los sentimientos religiosos, que maldice la conciencia humana, que blasfema del Dios evangélico, no sabiendo que aquel es el Dios de la Biblia y del Evangelio, el Dios del Sinaí y del Calvario, el Dios que le envía á la cuna de sus hijos los ángeles custodios y que recoge de las tumbas las almas de sus padres para engazarlas en la eternidad; el mismo Dios que bendijo la victoria de las Navas de Tolosa, redentora de Andalucía y que dispensó próspero viento á la carabela de Colón descubridora de América; el Dios en cuya Providencia creen y en cuyo Verbo comulgan todos los pueblos civilizados en toda la redondez de la tierra.

En las demás Naciones europeas, alentar á la teocracia es una flaqueza; en España un error que amenaza á la integridad de nuestra Pátria. Y voy á varias consideraciones sobre la cuestión religiosa, no en son de queja, sino en son de reflexión, en son de meditación, presentándoselas al Gobierno, presentándoselas al Congreso; porque sobre ellas debe recaer grande meditación de los Poderes públicos. Y no miro la cuestión allí en las puras abstracciones de la

ciencia, como los filósofos, sino en la realidad, como los estadistas. Mi amigo el Sr. Moreno Nieto me hablaba de nuestra idea de la separación entre la Iglesia y el Estado. Es verdad, la hemos tenido cierto tiempo, quizá la tenemos todavía, y en períodos normales, apartados de guerras civiles; ¡ah! lo tenemos resueltamente. Pero debe entender el Sr. Moreno Nieto que sobre este punto comienza a lúclarse en Europa, en todas las escuelas liberales de Europa, un movimiento digno de atención. Sabe muy bien S. S. que los grandes pensadores Italianos tachan la fórmula de Cavour «la Iglesia libre en el estado libre», de fórmula inaplicable á la realidad y á la vida y al momento presente. Sabe que la democracia francesa se ha alarmado de la extensa y peligrosa libertad dada al clero en la cuestión de enseñanza, y que indudablemente esa ley será revocada en la presente legislación. Sabe también que en Nación de tolerancia tan extraordinaria como la Nación alemana, donde la libertad de conciencia es un ejercicio tan antiguo, un derecho práctico tan arraigado, elerto república ilustre por sus ideas y por su poder, intérprete del espíritu de aquel que, cuando se cerraban todas las Naciones católicas á los jesuitas expulsados y perseguidos, les abría las fronteras de su Reino, tiene hoy empuñada guerra á muerte con el elemento eclesiástico. Saba también que esa Suiza, por su territorio diminuto y por su derecho inmensa, consiente todas las asociaciones en su libre suelo, y no consiente, no puedo consentir la asociación de los jesuitas, vedadas por las leyes. Saba también que un ilustre estadista de los primeros de Europa, aquel que aboló la Iglesia protestante en Irlanda, y que por lo mismo prestó un luminoso servicio á la religion y á la libertad, se alarma del peligro que corre la autonomía de Inglaterra y llama al conjunto de esos peligros el vaticianismo. Pues bien, señores; la teocracia podrá ser en todas partes, en todas las Naciones, un peligro más ó menos grande; pero en ninguna parte, en ninguna Nación, puede serlo tan grande como en España, donde la teocracia es más que un poder moral; donde la teocracia es un Estado; donde la teocracia es un ejército; donde la teocracia pone en plé de guerra 100.000 hombres y los lanza á los furioses de la guerra civil. Aquí se ha dado en la manía de atribuir á las antiguas costumbres vascongadas la responsabilidad de la guerra, y el partido liberal se detiene ante esa apariencia

para no ver ni mirar la realidad del insondable abismo. Si algo prueba la existencia de ciertas libertades antiguas, es la inutilidad de emancipar política y administrativamente á los pueblos, si no se emancipa antes, ó al mismo tiempo, el motor verdadero de la vida, si no se emancipa antes la conciencia. Las Provincias Vascongadas no tienen la culpa de que las escuelas otramontanas hayan elegido su conciencia sencilla como cebo de su propaganda reaccionaria; no tienen culpa de que, caído el poder temporal de los Papas y ahuyentado el Imperio napoleónico, se hayan tomado como fortalezas de la teocracia sus desfiladeros; no tienen la culpa de que el cosmopolitismo jesuitico haya fijado en aquellas montañas el asidero último á su desesperacion irremediable; lo que ha luchado, lo que ha destruido nuestros caminos, lo que ha roto nuestros telégrafos, lo que ha talado nuestros campos, lo que ha desarraigado nuestras aldeas; lo que ha bombardeado nuestras ciudades más libres, lo que ha segado una generación entera en flor, ha sido el espíritu teocrático, pues ha tomado esas tierras de la fé para una restauracion de sus ídolos maldecidos, los cuales, como los antiguos dioses antropófagos, se alimentan de la destruccion, de los asolamientos y de la muerte.

Hay algo más terrible que el utopista de la internacional, más odioso que los cantonales de Cartagena, más abominable que los incendiaríos de París; y son esos curas cabeceillos que en vez de bendecir maldicen, y en vez de orar matan, y en vez de extinguir los incendios de las pasiones pelean, y en vez de edificar las almas destruyen las poblaciones, y en vez de desolrar las tentaciones de la ambicion aceptan el reino de la tierra ofrecido por Satanás á la humildad de Cristo, y en vez de ser como ovejas entre lobos, cual quiere el Evangelio, van, como lobos entre ovejas, dejando la inextinguible estela de humo y sangre que se vé todavía desde Olot hasta San Sebastian, desde Cuenca hasta Bilbao, y que es la sombra más espesa proyectada sobre nuestra conciencia y la mancha más grande caída sobre nuestra limpia historia. ¡Y se dice continuador de Jesucristo! ¡Señores de Jesucristo, cuyo corazón solo latió para amar; de Jesucristo, cuyos labios solo se abrieron para bendecir; de Jesucristo, que volvió á la valua la espada de Pedro; de Jesucristo, que cuando estaba clavado en la cruz, lívido el rostro, empapados los labios en hiel y vinagre, extintos

los ojos, pedia caridad y perdón para sus enemigos y sus verdugos; de Jesucristo, que todos hemos eutrevisto en el hogar, evocado por la elocuencia divina de nuestras madres, las cuales nos han dicho que encendió el sol, y tuvo frío; que alimentó la vida, y tuvo hambre; que condensó las aguas, y tuvo sed; de Jesucristo, que ha unido el cielo con la tierra por el lazo divino de la caridad y del amor! A la educación teocrática, que nos hace aptos solamente para la guerra civil, tenemos que oponer, debemos oponer la educación nacional, la educación científica, la educación moderna, que nos habilita para la vida propia de los hombres cultos, para esa vida en que respiran pueblos más felices, y en que nosotros debemos respirar también, porque, de lo contrario, vamos a precipitarnos en una decadencia semejante a la que aqueja á los Imperios asiáticos.

Pero ninguna esperanza tengo de que sigais estos consejos, cuando veo cómo ofrecéis en holocausto á la reacción implacable que todo lo avasalla, una víctima tan ilustre como la Universidad y tan divina como la ciencia. Cuando las ciencias físicas y naturales se han desavenido de la tradición y han consagrado á la experiencia, desde los siglos XVI y XVII; cuando las ciencias especulativas, antiguas sierras de la teología, han prescindido de la Summa y han admitido solo el raciocinio; cuando la geología ha roto las arbitrarias limitaciones puestas á su desarrollo por los comentaristas escolásticos; cuando la historia misma ha olvidado aquel sentido teocrático de Bossuet, por el cual se veían en los pueblos antiguos Bautistas y en los pueblos modernos cumplidores de una exclusiva doctrina; cuando la política ha condeñado el derecho divino y lo ha sustituido con el derecho popular; vosotros queríais poner á la ciencia, infinita, eterna, absoluta, por límite, como si en el pensamiento humano pudiera haber columnas de Hércules, vuestras estrechas é individuales concepciones. Profesores que no admitían estos límites, ó que, aun admitiéndolos, no juzgaban digno de su ministerio el someter á ideas preconcebidas la ciencia, protestaron contra ese atestado en términos enérgicos, pero elevados y decorosos. Los habéis puesto fuera de las leyes, los habéis perseguido con saña, los habéis arrancado á sus cátedras. Vuestra autoridad, ó mejor dicho, vuestra fuerza ha triunfado; pero la Universidad ha muerto.

El error de la restauración se parece por completo al error del antiguo régimen; sobre más allá de los tiempos modernos, se pierde en la Edad-media para buscar su concepto en la ciencia. Este proceder, en todo tiempo funesto, es en nuestro tiempo mucho más funesto todavía á causa de las tendencias materialistas que aquejan hoy á la juventud y que la llevan derechamente á renegar de Dios y de la libertad.

Cuando veo esa ciencia que nos dá por genealogía, por progenitores, el polipo y la acedia, por padres el mono ó el perro, y que ha llegado á no ver en la inteligencia más que el fósforo de los fuegos fatuos, en el hombre más que el organismo de la máquina animal, en el universo más que materia y fuerza, con lo cual nos han arrastrado al fatalismo que reñega de la libertad, al atavismo que reniega de la democracia, al pesimismo que reñega del progreso, deploro la pérdida de aquellos hombres ilustres de fines del siglo XVIII, como Washington, como Franklin, como Condorcet, como Vergnaud y Mirabeau mismos, los cuales, creyendo en la sublime trilogía de Dios, la libertad, el progreso, arrancaron el rayo á las nubes, el cetro á los tiranos, rompieron todas las cadenas de las antiguas servidumbres, y alzaron en el altar de los espacios, como una hostia consagrada, la tierra despidiendo por cada uno de los poros á manera de irradiación misteriosa lo que hay de más divino en la naturaleza, el inmortal espíritu del hombre. Ahora bien; contra este materialismo no había más que un remedio, el idealismo, el espiritualismo, el armonismo si se quiere, racionalista, sí, pero elevado, de la Universidad. Lo habéis desarraigado en sus representaciones más ilustres, y preparais á la generación venidera un estado mental verdaderamente peligroso. Esta doctrina tenía un representante ilustre en la Universidad, cuya irreconciliable enemistad política no me vada reconocer su mérito y su ciencia. Los habéis proscrito á todos, lo habéis derribado todo; y mientras la juventud ilustrada se pierde en el materialismo, que tarde ó temprano traerá la demagogía comunista, no como una renovación, sino como un castigo; los campos, las aldeas, las provincias del Norte se sumergirán cada día más en ese absurdo ultramontañismo que las hace, no solo incapaces de la libertad, sino también peligrosas para la Patria. Mas condeados por la fatalidad á seguir la política del

antiguo régimen, habéis procedido con la Universalidad como habéis procedido con las demás instituciones, con el criterio de la restauración.

CARTAS SOBRE EL ESPIRITISMO.

POR UN CRISTIANO.

XXIV.

Paris, 18 de Marzo de 1865.

Querida prima: Hallo en Pezzani un capítulo intitulado: *De la inmortalidad del cuerpo*, que responde tan bien á la idea que el Espritismo nos dá del perispiritu, que extracto de él los pasages siguientes:

«Creo tan bien la inmortalidad del cuerpo como en la Inmortalidad del alma. Si solo nuestra alma persistia, no seríamos en el porvenir el mismo sér. El alma sí el cuerpo, el cuerpo sin el alma no sería el yo. Lo que muere no es la esencia del cuerpo, es la forma, que no es otra cosa que su móvil manifestacion. La misma sustancia corporal no es visible ni tangible. No es color, el perfume, el sabor; el sonido, la figura que constituyen la esencia de la materia, fenómenos pasajeros y transitorios que la disolucion puede alcanzar sin penetrar hasta el sér. La union del alma y el cuerpo es eterna. No olvidemos que la dualidad humana se resuelve en definitiva en una indivisible unidad, y si la entidad del sér persiste en una diversidad de manifestaciones, no puede conservarse sino con la persistencia entera del elemento sustancial.

La misma sustancia corporal pueda ser concebida hasta cierto punto como impenetrable, tenue y soberanamente ágil. Cuando morimos dejamos nuestros órganos, que son una de las condiciones de la vida terrestre; pero podemos llevarnos este algo que constituye la sustancia del cuerpo.

Segun Orígenes, dice Juan Raynaud, el alma estará siempre unida al cuerpo, ó para hablar exactamente, al mismo principio cor-

poral (el perispiritu). Es preciso comprender que el principio de nuestro cuerpo será el mismo en los tiempos futuros que ahora, aun cuando el cuerpo deba sufrir increíbles perfecciones. Es, necesario, en efecto, que el alma, viviendo en lugares corporales, haga uso de órganos que estén en armonía con su posición. Los que deben tomar posesion del reino de los cielos y ocupar moradas diversas, deben necesariamente tomar cuerpos etéreos, sin que se desvanezca, no obstante, la primera esencia de sus cuerpos, aunque se cambie en algo más brillante y más glorioso. Así es como Jesús, Moisés, Elías, eran sus transfiguraciones, no habian tomado otra esencia corporal que la que les habia sido unida primitivamente. No puede haber, pues, ninguna duda que, en la idea de Orígenes, la perpetuidad no hayn sido simplemente relativa al principio metafísico de la organizacion y no en la materia misma con que se hace compuesto los órganos. No solamente, como él lo hace observar con gran rectitud, esta materia no está unida al alma por un contacto suficientemente sólido para merecer acompañarlo, de este mundo á otro mundo mejor, sino que no permanece siquiera unida durante su morada sobre la tierra, porque cambia y se renueva á cada instante, y la materia de nuestro cuerpo de mañana no será en verdad la misma que la de nuestro cuerpo de hoy; como la de hoy no es ya la de ayer. Así, pues, dice: el cuerpo puede compararse con un río con bastante propiedad, porque si se consideran las cosas con atencion, se vé que la misma materia no subsiste dos dias sin cambiarse.

El individuo, Pedro á Pablo, permaneció sin embargo el mismo, no solamente por relacion al alma, cuya sustancia no experimenta en nosotros ningún flujo, y no recibe tampoco ningún aporte de afuera, sino tambien en lo que la forma, que es como el carácter propio que permanece invariable, aunque la materia de este cuerpo sea llevada por una corriente continua.

Cárlos Bonnet, pensador eminente, á quien no se le ha hecho toda la justicia que merece,

¿quien debemos las más sublimes observaciones sobre la vida futura, ha reconocido también en el hombre la existencia de un cuerpo inmortal, esencialmente distinto de los órganos perecederos con que el alma se viste sobre la tierra.

La permanencia del alma, dice, no sería la permanencia del hombre; el alma no es todo el hombre; el cuerpo no lo es tampoco. El hombre resulta esencialmente de la unión del alma y del cuerpo.

El cuerpo que debe servir al alma, añade Pezzani, en sus vidas subsiguientes, existe ya en germen en el cuerpo actual, y la muerte no hace más que desprendarle y desenvolverle.

Cualquiera que sea, pues, continúa Carlos Bonnet, la parte del cerebro que la anatomía considere como el lugar del alma, será siempre muy probable que esta parte que se puede ver y tocar, no es más que el exterior, la corteza ó el envoltorio del verdadero sitio del alma.

Esta parte es la que podría encerrar el germen de este nuevo cuerpo, destinado, desde el origen de las cosas, á perfeccionar todas las facultades del hombre en otra vida. Este germen es el que, envuelto en tegumentos imperecederos, sería el verdadero lugar del alma humana, y que constituiría propiamente lo que se puede llamar la persona del hombre. Este cuerpo grosero y terrestre que vemos y palpamos, no sería más que el estuche, el envoltorio ó el despojo.

Este germen, preformado por un estado futuro, sería imperecedero ó indestructible por las causas que ejercen la disolución del cuerpo terrestre. ¿Por cuántos medios diversos y naturales el autor del hombre ha podido hacer imperecedero este germen de vida? ¿No conocemos bastante claramente que la materia, de la cual ha podido ser formado y el arte infinito con el cual ha podido ser organizado, son causas naturales y diferentes de conservación?

La celeridad prodigiosa de los pensamientos y de los movimientos del alma, la celeridad de los movimientos correspondientes, de los órganos y de los miembros, parecen in-

dicar que el instrumento inmediato del pensamiento y de la noción está compuesto de una materia, cuya sutilidad y movilidad igualan á todo lo que conocemos ó concebimos más sutil y más activo en la naturaleza.

No conocemos ó no concebimos nada más sutil ni más activo que el éter, el fuego elemental ó la luz. ¿Le era acaso imposible al autor del hombre construir una máquina orgánica con los elementos del éter ó de la luz, y unir para siempre á esta máquina un alma humana? Seguramente ningún filósofo puede desconocer la posibilidad de la cosa; su probabilidad descansa principalmente, como acabo de decir, en la celeridad prodigiosa de las operaciones del alma y sobre todos los movimientos correspondientes al cuerpo.

Yo creo, decía Leibnitz, con la mayor parte de los antiguos filósofos, que todas las almas, todas las monadas (1) están siempre unidas á un cuerpo, y que nunca hay almas que estén enteramente separadas de él.

Leibnitz, dice Pezzani, aplicaba la ley de continuidad á los estados sucesivos de un mismo sér: Carlos Bonnet, apoderándose de esta ley, la ha aplicado al hombre y basta á los animales, para los cuales supone perfeccionamiento en la vida futura.

Hé aquí cómo se explica Swedenborg sobre el mismo asunto:

«No se tenía otra idea de la vida futura que la de la existencia del alma sobreviviendo al envoltorio terrestre al cual había sido unida. Pero ¿bajo qué punto de vista se consideraba el alma? Se la miraba como una sustancia dotada sencillamente de la facultad de pensar, pero por otra parte incapaz de ver, de oír, de hablar, porque se la suponía desprovista de los órganos, de los sentidos propios para estas funciones. Se estaba en un error sobre este punto. El hombre, después de su muerte continúa siendo hombre, tal como lo era en este mundo,

(1) Según Leibnitz, monada es el ente simple y sin parte de que se componen los demás entes ó sustancias.

con la sola diferencia de que al morir, deja su cuerpo terrestre y grosero para conservar el espiritual.... De lo cual se deduce que lo que nosotros llamamos morir, no es mas que una continuacion de la vida, ó un pasaje, de esta vida á otra más perfecta y más feliz para los unos; más desgraciada y más imperfecta para los otros.»

«Hay en el alma una fuerza plástica, dice Juan Raynaud, que la está íntimamente unida, que la acompaña en cualquier moda que esté, que le dá el medio de ponerse continuamente en relacion con el mundo exterior, como conviene á su destino presente que se ponga; que constituya lo que podría llamarse el cuerpo *virtual*: ese es inmortal.»

Si el alma viene á brillar en una nueva morada; son otras las acciones que debe cumplir, otras las funciones que debe tomar, otras las relaciones que debe andar. Aparece un cuerpo nuevo, y este cuerpo que el alma ha desprendido de la naturaleza por su fuerza plástica es precisamente el que le conviene para mantener relaciones con el mundo particular en el cual ha entrado. Este cuerpo es un instrumento que el alma se ha construido, porque lo necesitaba para algun tiempo; despues la volverá á echor á la naturaleza, al lugar donde lo habin recogido para ir por otra parte á construirse otro que usará y renovará de la misma manera.

«Pero siempre el alma se lleva su *cuerpo virtual* que la sigue en todas su peregrinaciones.» Esta reflexion es de Pezzani.

«A nuestro modo de ver: dice finalmente Alfonso Esquirós, un sistema de resurreccion que deja el cuerpo por el alma, es un sistema incompleto. No es el cuerpo ni el alma quien debe sobrevivir á la muerte, es el hombre.... Lo que el hombre retiene, al morir, de la materia, nadie puede decirlo; pero está fuera duda que retiene algo. El alma se lleva consigo, al estado de germen, la parte más sutil de la sustancia corporal.»

Alfonso Esquirós, para establecer su sistema, se apoya en la creencia de los orientales, en el dogma de la resurreccion de la

carne y en las leyendas que siempre han revestido de una apariencia á las almas que vuelven sobre la tierra.

Hé querido, prima mia, darle integras estas diferentes opiniones, para hacerla comprender á V. que el Espiritismo no ha venido á traer un sistema extraño á las preocupaciones humanitarias, y que la idea innata del periespiritu ha llamado sobre si la atencion de la especulacion filosófica de nuestros más eminentes pensadores. Asi, pues, varios filósofos cristianos y escritores fuera de la ortodoxia están de acuerdo sobre este gran principio de la inmortalidad compleja, es decir, del alma y del cuerpo individual. En cuanto á la envoltura grosera, al vestido carnal lo dejamos en el globo del cual lo hemos tomado prestado; hé aquí el principio ineludible de la entidad humana.

Los trabajos que Chardel, antiguo consejero en la corte de casacion, publicó en 1868, son igualmente muy curiosos para consultar sin habiar de su opinion, no bien resuelta sobre la preexistencia que resulta de su manera de atribuir la estupidez de los cretinos al abuso que las almas han hecho de su cuerpo en existencias anteriores, se reconoce en él un vago conocimiento del periespiritu y del cuerpo virtual; porque segun él, el alma, al dejar la tierra, arrastra la vida espiritualizada, que le rodea como un velo luminoso. Como V. vé, prima mia, es una fórmula confusa é incierta del periespiritu, pero se lo aplica bien.

La historia de San Agustín nos prueba, que los fenómenos espiritistas no son de origen moderno; en efecto, cuando él hablaba con su amigo Alipo, de las relaciones maravillosas contenidas en los Hechos de los Apóstoles, recibió la visita de Ponticiano, que tenia un cargo considerable en el gobierno: y este, apercibiéndose del objeto de su conversacion, los felicitó sinceramente, que él tambien era, desde mucho tiempo, un adepto celoso de las doctrinas cristianas.

Dado este momento, San Agustín se sintió movido por la gracia y oyó repetidas veces una voz suave que decia estas palabras: *Toile lege*; es decir: *toma y lee*; entonces abrió

las Epístolas de San Pablo, y el pasaje que llamó su atención basó tan ampliamente para convencerlo que, desde entonces, cesaron de las sus incertidumbres. ¿No es, esto, prima mía, un hecho completamente espiritista? Pues bien! la historia de los santos está llena de ellos; pero no es este el lugar de hacer una narración completa. Por lo demás, ahora que está Vil. instruida sobre la naturaleza de todos los fenómenos medianímicos, díjale la aparición de Nuestro Señor Jesucristo á los Apóstoles y notablemente á Santo Tomás, hasta la vida del digno y santo párroco de Ars, el abate Vianney, hallará Vil. en la misma historia de la Iglesia una larga sucesión de hechos, que solamente tienen su razón de ser y su explicación en la doctrina espiritista.

Me queda un último argumento que oponer á todos nuestros adversarios religiosos, y sobre todo á nuestros detractores de la Compañía de Jesús. A los imprudentes aserciones de los Padres Matignon, Pailloux, Cettiéres, Nampon y *tutti quanti*; á la opinión falsamente oroloxa, de los señores Mirville y Gougeon de los Mousseaux, el R. P. N. F. A. de Diesbach, responde victoriosamente.

Hé aquí este pasaje, mi querida prima, extraído del *Cristiano Católico* publicado en 1826, por la Sociedad católica de los buenos libros, que deje á sus meditaciones y á las de nuestro querido Sr. Pastoret:

«Tenemos en la historia eclesiástica varios ejemplos de estas conversaciones súbitas de los paganos que abrazaban la fé de Jesucristo, determinados por acontecimientos inesperados y por inspiraciones secretas y poderosas de la gracia, en un momento cambiaba sus corazones. El detalle de estos acontecimientos presenta un argumento que podría ser tratado con mucha utilidad por algun autor esclarecido y piadoso. Ofrece un gran número de hechos y circunstancias que tiran á un no sé qué de rommovedor é interesante. Conmueve y enternece el ver á las errantes delante de las tinieblas del error, y entregadas á la tiranía del vicio, abrir los ojos á la verdad, y conocer y amar

ardientemente, y servir á este Dios de bondad, que la luz de la fé les manifiesta. Su actividad en el desnothé agradar á este soberano bien, y la vuelta de este Dios de misericordia hacia ellos, forman uno de los espectáculos mas consoladores para un corazón sensible y fiel. Me contentaré con citar un pasaje de Orígenes sobre este asunto:

Yo no dudo, dice, que Celso se burlará de mí, pero esto no me impedirá de decir que muchas personas han abrazado el Cristianismo, como á pesar suyo, habiendo sido de tal modo cambiado su *état d'âme*. POR ALGUN ESPIRITU QUE SE LES APARECIA, YA DURANTE EL DIA, YA DE NOCHE, que en lugar de la aversión que tenían por nuestra doctrina, la han amado hasta morir por ella. Nosotros sabemos muchos cambios de esta clase, de los cuales hemos sido testigos y que nosotros mismos hemos visto. Seria inútil referirlos en particular, porque no haríamos mas que excitar las burlas de los infieles que querrian hacerlo pasar por fábulas é invenciones de nuestro espíritu. Pero pongo á Dios por testigo de la verdad de lo que digo: y él sabe que no quiero hacer recónditable la divina doctrina de Jesucristo, con narraciones fabulosas, sino solamente por la evidencia y la verdad de varias razones incontestables.»

Ya vé V., pues, mi querida prima, cuán en lo cierto estaba, cuando le escribía, hace algunas semanas, que el acontecimiento del Cristianismo habia sido acompañado de los mismos fenómenos, de las mismas manifestaciones que brillan hoy por todas partes; tenía, pues, completa razón al afirmarle que el Espiritismo no era mas que una nueva sanción, una confirmación brillante de la ley de amor dada de lo alto del Géigota, y que los que se declaran adversarios de ella, enaltesquiera que sean, desconocen por lo tanto, la ley que é indivisible de Nuestro Señor Jesucristo.

He acabado ya; ¡ojalá que estas cartas le sean un testimonio del afecto que le tengo, y de mi profunda veneración por el abate Pastoret! Cuánsa Vds. en sus plegarias para

que Dios desprecia nuestra vida de los lazos que pueden sembrar los malvados, y que se dilige enviarnos pronto á aquel que debe venir á asegurar el triunfo de la nueva redención.

Mis ángeles á toda su familia. Su primo que la quiere

Y. N.

FIN DE LAS CARTAS.

LA PAZ.

Cuatro años de mortales angustias y zozobras, de sacrificios cruentos, de inmensos gastos, de desgracias y ruinas, de avatacimientos y desastres; cuatro largos años de pruebas en cuya titánica lucha ha probado el temple de sus armas el progreso, que no pueden hacer retroceder de su camino los milanes más fuertes, ni los más temidos y fieros conjurados del atraso; cuatro años de incesante batalla, de guerrear continuo, no han bastado para que pudiera vencer la reacción de todo el mundo al capital pensamiento que luchaba contra todos los que se dieron cita en los riscos de las montañas de Navarra y provincias Vascongadas para crucificar á este noble pueblo español en nombre de un sabamos qué Dios batallador y fiero, que mandaba sus ministros á la lucha para avivar el fuego de sus secadores.

Y hora es, cuando la paz es un hecho impuesto por las armas del ejército liberal, hora es que preguntemos á los que han continuado á tantos desastres, á los que han labrado para mucho tiempo la desventura de España, á los que han abofeteado el rostro de esta nación generosa, resucitando esa cruzada infernal contra el progreso de los tiempos, mucho más odiado de ciertas gentes que la media luna que aún se cuece fioreta de la Tierra Santa; á los que han proclama el exterminio cruel de toda la raza liberal, hora es que les preguntemos si quedan tranquilos, si son felices ante el cuadro

destruidor que presenta el país devorado, aniquilado por el vandalismo fanático que no perdona el crimen de pensar!

Tremenda responsabilidad en la historia les aguarda; pero tremenda, mil veces más tremenda es la que les espera cuando lleven cuenta de sus actos allá entre los albores del nuevo día del espíritu, cuando aún soñolientos abandonen la vida del planeta y les pierden en la realidad de la existencia eterna. ¡Ah! entonces será el erugir de huesos y el rechinar de dientes de que oos habla la Escritura, cuando perdiendo la ofuscación que les cegara comprendan que han trabajado para envilecerse y envilecer á los otros, degradando, con su tan rario empeño, el espíritu humano que cumple con los destinos que Dios le trazara, zafaelando la vida la meta de la perfección, que os fija en cada época como el resultado lógico de su adelantamiento en la ciencia.

Una vez mas han probado lo indeclinable que es la fuerza y lo imponente é invulnerable que es la razón y el derecho. No como cuando los odiamos, porque desearon para nosotros el calabozo y la morileza, la corona y la hoguera, no; no podemos odiar, nuestro corazón rechaza un innoble sentimiento, nuestras creencias recomiendan el amor, condenan el aborrecimiento; nosotros perdónamos y compailecemos á los que han batallado por la esclavitud, á los que nos hubieran pegado con el triunfo hasta el aire para respirar; pero nosotros también tenemos el triste deber de señalar los inconvenientes, los perjuicios que nacen de las creencias oficiales, dominadoras, que avasallan la razón y se imponen con la dura ley de créa ó muere.

El catolicismo más puro, más rigurosa-mente ortodoxo, ha sido el que ha sustentado la gigantesca lucha contra la civilización que se empeña en librar á los pueblos de la tiranía del dogma infalible é inmutable, que condona la perfección. Mientras esto no se conozca, mientras la razón no se haga independiente y el ciego dominio, estaremos atocados á sucesos como el que por fortuna de todos ha terminado hoy. Todas las reli-

giones oficiales tienden a lo mismo; la protestante como la budista, como la mahometana; como en su tiempo la hebrea y la pagana; se apoderan de la verdad y persiguen a los innovadores y esclavizan y embrutecen a los pueblos que las sirven.

«Bendigamos a Dios por la paz, ventura del hombre honrado; bien de los pueblos, equilibrio de orden y de riqueza para las naciones que no aspiran al engrandecimiento sino por el trabajo, y roguémosle que los ciegos, los fanáticos hayan perdido en esta titánica lucha sus temidas fuerzas, para que sea la última con que ensangrienten el suelo de nuestra querida y desgraciada patria.

«Bendita sea la paz; maldita sea la guerra!

ANTONIO DEL ESPINO.

ECOS.

Sr. Director de LA REVELACION.

Hermano en creencias: Cumpliendo lo que le ofrecí, principio a darle cuenta del giro que ha seguido la controversia suscitada entre nuestros correligionarios y otras escuelas religiosas y filosóficas.

En la sesión celebrada el 7 del corriente, siguió en el uso de la palabra el Sr. Calleja, (que es racionalista-espiritualista), y negó en absoluto el consuelo inesfable que nos ofrece el Espiritismo; diciendo para dar fuerza a su razonamiento: que si el espíritu vive siempre en constante lucha, ¿de qué le sirve la eternidad de su vida, si con esto no consigue otra cosa que la perpetuidad de su dolor?

Que mucho más consoladora es la religión católica romana, porque en ella siquiera se encuentra el cielo, y que nosotros nos encerramos en un círculo vicioso, puesto que sin las encarnaciones sucesivas, no creíamos en el progreso del espíritu, y el adelanto de éste no era más que un dolor continuado; luego nuestro centro de acción era el dolor,

y por consiguiente una eterna amargura era nuestro único y triste porvenir.

No son estas frases precisamente la traducción, o mejor dicho, la copia literal del discurso del Sr. Calleja; pero sí están impregnadas con la esencia de su pensamiento, que él engalana con las preciosas flores de la más razonada elocuencia.

Nuestro hermano Hoelbes, demostró evidentemente el innegable consuelo, la ilimitada esperanza y el grandioso porvenir con que nos brinda el Espiritismo, no encerrado en una pequeña órbita, sino girando en millares y millares de mundos el espíritu; que es un eterno cosmopolita, activo, diligente, emprendedor, osado y alrevido que en la planeta en que vive pide a los siglos el alfa y el ómega de la ciencia universal.

Retirado con vivos y brillantes colores el egoísmo de los bienaventurados que habitan en la celestial región, olvidando completamente a los seres queridos que gemen en el infierno, y que si lo *suprema perfección*, agostaba en nosotros el ramal del sentimiento, debíamos renegar de esa vida de contemplación y beatitud, si nos quitaba la facultad de pensar, y el derecho de querer.

Estoy en un todo de acuerdo con los pensamientos de nuestro hermano; si la indiferencia y el olvido nos han de automatizar, prefiero la lucha dolorosa, la continua agitación, el infatigable anhelo, a dejar de sentir, a perder lo mismo que nos euallece y nos santifica, el sentimiento purísimo de la compasión que nos hace ejercer la caridad.

¿Qué es el hombre encerrado en sí mismo? peor, mucho en ocasiones, que las mismas fieras; el avaro, el egoísta, es cruel y aún sanguinario en su torpe y mezquino cálculo, y este es más despreciable que el más feroz instinto, puesto que en el cálculo hay premeditación.

Por eso la escuela espiritista es hasta ahora la única, absolutamente la única, que trata de formar la sociedad tal como debe ser; todos para uno y uno para todos.

Un nuevo adversario entró en la palestra, defendiendo al materialismo, el que confesó que nada salía, ni nada había existido de

la *religion* espiritista; pero que negaba la mediuinidad, puesto que él queria ser mediu y no lo era.

Ante estas contradiccionistas razones, y otras parecidas, como V. comprenden, no se sabe ni una qué contestar; porque el juego de naciemiento, cómo ha de obliuvar en su mente el foco luminoso del sol, si al perder la memoria de sus pasadas existencias, solo ha vivido en la sombra?

Ni Pericles ni Demóstenes, le podrian hacer comprender la existencia de la luz.

En las vnas de la humanidad, el mismo error oyó al progreso; dico César Cantú, y es una gran verdad.

El jóuen materialista, que aseguraba que el efecto leuia que ser inherente á la causa, y que siendo el fuego el origen del mundo, nosotros, resultantes de aquel principio, no éramos mas que materia organizada; por una brosen transición; al calificar el Espiritismo de doctrina religiosa, bseguró que el sentimiente religioso era innato en el hombre. Entonces no solo es materia, puesto que hay en nosotros una aspiración espiritual, que se eleva y se pierde en el infinito buscando algo más grande que en su sueño entrevió.

El 14 de Marzo tuvimos el placer de escuchar nuevamente al Sr. Calleja, que volvió á repetir, con la erudición que le distingue, la mayor parte de los argumentos ántes citados, refutando el discurso de nuestro hermano Huelbes, y alegando razones para bugar el progreso individual, pero no el colectivo.

El Sr. Calleja, que se ha dado á conocer como espiritualista racionalista, debcañadir al lema de su credo filosófico, el calificativo de panteísta, pues aunque no afirma en absoluto, que el espíritu al dejar la materia pierde su yo pensante, y se refunde en Dios; á esa idea es á la que más se inclina, si bien al mismo tiempo dico que está conforme con lo que dijo Huelber, respecto al progreso infinito del espíritu; pero no aceptado como nosotros el progreso infinito; porque la palabra infinita significa *sin límites* y el vocablo indefinido quiere decir sin término fijo,

sin lugar prescrito, pero al fin finito, en un plazo más ó meos largo.

Repitió las célebres frases de lord Byron, *la ciencia es el dolor*, y recordó el triste fin de Sócrates bebiendo la cicuta, y el de Séneca bañándose en su propia sangre.

Dijo, y dijo muy bien; que el ser *paran* nos costaba muy poco, preso que la naturaleza nos daba el sexo; pero el llegar á ser *hombre*, nos imponía muchos sacrificios, largas noches de estudio y toda una vida de abnegación.

Incorporó á la raza latina con amargo desdén, diciendo: que el pueblo que todo lo espera de Dios y del gobierno, no merces ser libre, puesto que tiene su razón y su voluntad para pensar, y querer, y hace caso omiso de estas dos grandes facultades.

Citó un dato estadístico sobre la instrucción de la mujer en España, afirmando: que de 7.700.000 mujeres 3.000 sabían leer y escribir, 4.000 leer á loamcote y los 7.000.000 restantes no conocían ni una letra del alfabeto.

¡Vergüenza y humillación para España si los españoles supiéramos pensar, deberíamos repetir los versos que á Teresa de Cádiz le pronunció.

Y tus hijos de ti se avergonzarán.

Y hasta el nombre de madre te negarán.

No me cansaré de repetir que sin taquígrafo el resumen ó extracto de los discursos es pálido, es como si viéramos el sol á través de una espesa bruma.

Atacó al materialismo con eloquente energía, y á nuestro hermano el Sr. Rebolloín distinguilo ingeniero, con fácil palabra y profunda erudición, demostró que el Espiritismo nos impelia al progreso, porque nos impulsaba á practicar el bien, y á estudiar en el gran libro de la creación: y despues hizo la crítica de la raza latina estando en un todo conforme con la opinión del Sr. Calleja, diciendo: que nos dejábamos llevar de la impresión y de la sensación, sin entregarnos nunca á la contemplación ni á la abstracción; que nuestra educación era puramente francesa, superficial y caocasta, que los ingleses saben pensar, los alemanes

estudian y analizan y nosotros solo sabemos sentir ligeramente.

Recuerdó el engrandecimiento de los Estados-Unidos y el adelanto de Filadelfia, que en el siglo XVII era un yermo estéril y tiene hoy cuádruplo número de habitantes que Madrid.

Deploró que en el siglo XVI España y el imperio Turco, que eran las dos primeras potencias del mundo, se viesen reducidas en el XIX a ser dos cerros sin valor alguno en la suma universal, y con amargo acéto terminó apostrofándonos por nuestra insensibilidad durante la última guerra civil, en tanto que en Prusia mientras duró la guerra franco-prusiana, las damas alemanas más distinguidas vistieron de luto, y con amargura y vergüenza declaró, que éramos una raza embrutecida.

El Sr. Calleja rectificó encomiando nuestro lema *hacia Dios por la ciencia y la caridad*, diciendo: que era el pensamiento más gigante que hasta ahora había germinado en el cerebro de la humanidad, y concluyó afirmando que la disgregación de la materia era un hecho, y como tal creía en él, y que el espíritu existía realmente; pero que después de la muerte, nadie, absolutamente nadie, sabía á ciencia fija, donde terminaba su carrera; que cada escuela y cada religión tenía su distinta teoría, pero entre tantas hipótesis que labra el eterno misterio, que aún no ha descifrado el hombre ni definirá con exactitud jamás.

En las sesiones medianímicas, se obtienen satisfactorios resultados, y siento vivamente no poder copiar una por una las buenas comunicaciones que se reciben; pero los estrechos límites de un periódico no permiten minuciosos detalles, y terminaré mi revista diciéndole, que nuestro hermano el distinguido poeta dramático D. Joaquín Guillermo de Lima, ha formado una academia de Espiritismo y magnetismo, y celebra sesiones los jueves por la noche.

Laudables por más de un concepto son los afanes y el desinterés que demuestra el señor de Lima (que hace 30 años conoce la doctrina espiritista) por la propagación de la

salvadora idea, que nos hace sufrir con resignación, y esperar apoyados con la fe razonada.

Roguemos á los buenos espíritus que su voz amiga encendiere en muchos corazones, porque así será mayor el número de los seres felices.

Adios hermano, paz y salud.

Ana María Domingo Sotelo.

Madrid.

DICTADOS DE ULTRA-TUMBA.

SOCIEDAD ALICANTINA.

DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS.

Sesión de 1.º de Enero de 1876.

El Presidente hizo largas consideraciones sobre la celebración de la Noche buena por los pseudos-cristianos.

Médium J. Perez.

Efectivamente; mucho se podría añadir á cuanto llevas expuesto, respecto á los abusos que se cometen en la noche del natalicio de Jesús. El templo, su casa, el santuario de su memoria, se transforma en miserable plaza del vicio; en donde el hombre, con sus maneras, que la vergüenza oculta, habla, grita con escándalo, ríe como si fuese predestinación del sarcasmo aquel lugar de oración, y allí el exceso se multiplica y ningún pensamiento va directamente al objeto del natalicio porque se reúnen; nadie recuerda á Jesús niño y busca á un recién nacido en miserable choza, en su soledad, en su miseria; nadie, conmovido ante ese enano, busca la miseria y desventura para aliviarle las lágrimas, para humedecerlas al dulce nombre de Jesucristo y en obsequio á él. Esto es el pueblo cristiano; costumbres paganas en la forma y en el fondo, costumbres egoístas y licenciosas, como las de los antiguos romanos en honor á Baco y á Venus y á las mil deidades fabulosas, que ornamentaban sus templos. Los mártires gemían cuando en sus creencias acariciaban la idea de

featernidad universal, predicada por Jesús, y el pueblo se entregaba á toda clase de desenfreno en honor á las festividades de sus dioses; y no hace esto mismo el pueblo cristiano? Los pobres mueren de frío, los huérfanos se ahogan en su dolor, y sus lágrimas, recordando mejores tiempos al lado de sus queridos padres, los desgraciados se retuercen en brazos de la desesperación, y mientras el hombre se embriaga recordando á Jesús, el objeto de su pla idolatría, y vá adorándole al templo completamente olvidado de la práctica de la Caridad; y si el hombre hace esto, la mujer se entrega á en egoísmo; la dicha, la felicidad en este día para ella, sin que la contagie el dolor de nadie; porque una noche buena de legión, en la que los tristes y desventurados y podrían traer fatales consecuencias al ánimo las impresiones desagradables; hay que vivir y gozar sin pensar cada cual más que en el mismo; y el huérfano que llora, que prueba la amargura de sus lágrimas, y que pide al cielo, no al hombre, el remedio á su desesperación; y el desventurado que gima, que muera entre dolores, sin incomodar al vecino que necesita el tiempo para almorzarse y reír al son de la alegre zambomba y al canto mágico del hijo de Dios...!!

¡Qué noche más bella la Noche Buena! El cielo viste en crespo de resplandecientes estrellas; la calma tiende el alma al silencio y á la contemplación; el campo dorme, como si entre sueños estuviera hordándose el traje que ha de vestir en la próxima primavera; el mar, el Océano, con el murmullo que promueve la brisa rizando á las ondas, parece como que lleva al Eterno la silenciosa plegaria de una alma enamorada de la creación, y la ciudad con su movimiento, su alegría, completa el armonioso cuadro de la naturaleza, y parece como que la vida se dilata, hasta el infinito, medida por la cariñosa dicha! Pero este espectáculo en la forma, es magnífico; en el fondo, en la realidad, incomprensible; hay dolores tan intensos, tan grandes, tan sublimes; tempestades en el alma tan negras, en esta noche de calma, que si el espíritu pudiese penetrar en el sentimiento de los desgraciados, se encontraría arrollado por los embales de la desesperación y por las oleadas de ese mar de la vida, que es tan imponente como el Océano cuando el aquilon le agita al soplo de su soberbia!

Hay muchas felicidades en el mundo, pero también muchos dolores; pesad ambos extremos

y hallaréis la relación; comparad y encontraréis que el ser en este mundo de espacion y prueba, vive para sufrir y que el egoísmo es una cobardía en esa region transitoria. Ayudaos todos;

OTRO, ESPIRITU.

El Espiritismo tiende á cortar de raíz esas raías ideas; cuando el pueblo cristiano sea el pueblo espiritista, el fiel intérprete de las ideas del Redentor, se dedicará en la noche de su natalicio, á la práctica de la virtud y de la caridad, remediando á los infelices que sufren abandonados del espíritu querido por la ley imprescindible de muerte. No podéis imaginaros cuanto desconcieta la soledad; y si el hombre pensase en el dolor ajeno, no abandonaría ni un segundo á los que faltos de la luz y del calor de la familia, piensan en sus recuerdos y lloran lejos de las alegrías de otros el desconsuelo de sus corazones.

Sesion del 19 de Febrero de 1876.

Medium Perez.

La Inmortalidad del alma es una idea que se generaliza por intuición; no puede haber otra clase de conocimiento. La filosofía puede decir mucho en su pró. Esta idea es la base de toda sociedad, de toda vida, de toda aspiración noble y generosa.

Suponed por un momento á la sociedad desposeída de todo sentimiento, sujeta nada más que al rigorismo de las leyes humanas, verías entonces el desenfreno en todas partes, escándalo, la ruina; este seria el espectáculo que ofrecería á los ojos la humanidad alica.

Voltalre preparó con su sonrisa escéptica este estado de ánimo, cuando la sociedad francesa comenzaba á hartiarse de la intransigencia y fanatismo religioso; ¿qué sucedió? La historia puede daros detalladamente á conocer los horrores que por todas partes se espacieron, con motivo de la folla de creencias.

El hombre, amigos míos, es el resultado de su filosofía. El hombre es bueno, porque cree en Dios; es caritativo, porque siente palpar en su corazón, un destello de esperanza; fuera de la idea de Dios, os lo repito, existe el caos y el vacío más espantoso.

Ahora bien, ¿y quién os enseña á Dios, la creencia ó la filosofía? esto es difícil... os lo enseña el presentimiento, la intuición; os lo

enseña el espectáculo de la naturaleza, los soles, la luz, el ambiente, la contemplación de lo grande, de lo bello, de lo sublime. El universo se espone á vuestra consideración. ¿Quién será capaz de negar á Dios á la vista de tanta magnificencia? Nadie: se necesita tener una perversidad muy grande para no temer ante la idea de la conciencia, de la responsabilidad y del castigo ulterior; se necesita ser un ignorante para lagzarse al erimen, devorará costa de la virtud y del bien sin pensar luego en las consecuencias de tanto delito, y de tanta alevosía.

Existe el ateísmo aparente, no creáis en otra clase de ateísmo. Ved morir á un hombre que niega la existencia de la inmortalidad; en el fondo de su alma cree y espera. No, es esto así?

De modo que realmente el ateísmo no existe; si fuese posible que un hombre filósofo pudiese convencer á su alma como trata de convencer con sus argumentos y doctrina á los demás; si fuese fácil que un hombre sólo degenerase su razón, al extremo de que evidentemente en nada creyera, por una ley de la naturaleza, este hombre dejaría de ser sabio, dejaría de ser hombre, para convertirse y relajar su alma á la degradación más completa, perdiendo toda la memoria, toda la inteligencia, todos los trabajos adquiridos en el estudio de sus pasadas encarnaciones.

El hombre es ateo de palabra; en el fondo es deista, es bueno, porque cree en Dios. El verdadero ateo es el ignorante.

La inmortalidad del alma es un hecho que ayer presenciáis, y que hoy habéis realizado evidenciado por la comunicación y por la historia religiosa.

El catolicismo, en su magnífica epopeya de héroes con su esposición de hombres virtuosos y santificados por el misticismo, encuentra manifestaciones tangibles de la supervivencia del alma.

La comunicación de ayer era necesaria, la de hoy, aunque distinta, se amolda á las aspiraciones humanas, á las conquistas de la ciencia y de la filosofía. La comunicación de mañana será más clara, más luminosa, más grande en relación á la ciencia y á la filosofía, vendrá basada siempre en la idea de la inmortalidad; pero más llena de viveza y de esplendor.

Hoy, amigos míos, el progreso tiene su impulso muy marcado. El progreso asige, asusta, impresiona á las almas demasiado místicas, que han bebido en la fuente de la confesión y

del temor de Dios, y en el fuego del infierno. Esto retrasa mucho; esta idea anonada al hombre, hace mucho daño; pero paciencia; no la y que desespere de estas contrariedades; estas almas dejarán la tierra para volver á ella, trayendo del espacio el germen de la verdad, la idea espiritista.

El 18 de Marzo de 1876, en Madrid, en la casa de don Juan de Dios, se celebró la comunicación 25 de «Roma y el Evangelio», en la que el espíritu de La Mennais anuncia el fin de los errores de la Iglesia Romana, á la que llama Iglesia pequeña, y el espíritu que se comunicó, dijo:

Medium Pérez.

Efectivamente; la comunicación que acabas de leer profetiza como Job, como Elías, como Daniel, y como muchos antiguos varones eminentemente asistidos por las volúmenes del cielo. La profecía que acabas de leer, es la profecía de Savonarola, es la angustiada retracción de Gálileo. Después de Savonarola y Gálileo oprimidos, aherrrojados por la soberbia de Roma, Voltaire preparando los ánimos á una nueva creencia, á otra filosofía, queriendo á la disolución social, y por consecuencia, á la desaparición mas tarde de los gravísimos errores del cristianismo. La piedra está lanzada y á tan pronto cae desde la eminente cima para derrocar el edificio, que se levanta gigante sobre todos los demás, y desde donde parten las instituciones, que domau la conciencia, la razón, el espíritu del hombre, por su propia naturaleza llamado á progresar, las evoluciones del universo, el destino eterno, y la comunicación de su razón en el gran escenario de la vida y al través del tiempo y de las generaciones, que caminan su curso perfeccionándose.

La Iglesia pequeña lucha y combate desesperadamente y agota sus fuerzas, decidida á verter la última gota de su sangre en defensa de sus detestables derechos. El ultramontanismo, esa institución que odia el progreso y escupe la libertad y desprecia á la Providencia, se afana en este desgraciado pueblo español para revivir el fuego que el heroísmo ha sofocado; para flotar en la superficie de la caldeada ceniza de los mártires, la llama que llené de honda tristeza y de profunda melancolía la faz del mundo, vilmente calumniado, escarnecido y pisoteado por el anacronismo de la inquisición,

por la utopía de la monarquía absoluta, y por la infamia del derecho omnimodo de uno contra el derecho eterno de los demás!

El ultramontanismo agoniza y maldice como un energúmeno en el último momento de su vida. La Iglesia pequeña rage desde el Vaticano como el león herido, que estremece la selva y resuena y repereute su voz en la caverna profunda; el grito de Roma resuena en la conciencia humana como una amenaza que profiere la tierra al cielo. El sol se sonríe, el firmamento se embellece más ostentando su claro azul y la conciencia, que se retrata en el fondo del cielo y en la luz del firmamento, oye a Roma como el ruseñur el monótono graznido de los cuervos ó el estridente chirrido del renacuajo, sepultado entre las profundidades del cimo.

Nadie se conmueve ya al mandamiento de los hombres; nadie teme desde que la soberbia neo-católica arroja á la escena de la contienda á un Calix y á un Félix, monstruos del moderno fariseísmo, retrato fiel y exacto de ese partido, que aboga por la religión en los libros de estos religiosos, que llenan de sangre el agua con que pretenden lavar sus manos para consagrar el culto de la divinidad en la reliquia de immaculada pureza.

La Iglesia pequeña sueñe, taca á su término; es como el día que se acalza, como el asirio que nació en el momento de la persecución de los primitivos cristianos ocultos en las catacumbas, y que se apaga en el instante de la intolerancia, de la excomunión, de la amenaza, del castigo.

Miserables detractores de la ley natural poniendo un dique de odio entre la familia, y en el seno del hogar... la religión y culto más hermoso del hombre, el amor condensado en el seno de la madre y en la mirada del hijo!

Sí, amigos míos: la insensatez los ciega, como ciega al corazón las pasiones más execrables; el delirio pone en sus almas y en sus ojos por donde esta asoma todo el odio que son capaces de sentir, y en la desonra que muestran, hacen ver la hipocresía con que se reviste el lobo con la piel de oveja. Es en vano que se esfuerzan, que se acumulen, que agiten su bandera para llamar al hombre á que defienda los mentidos derechos de la teocracia basados en la salvación eterna; es en vano que intimiden con el sacrilegio y la excomunión á la familia; el hombre, por intuición consulta á su

conciencia y hay para cada espíritu de la tierra mil espíritus de los cielos, que le iluminan y le presentan la verdad con los enlores más puros y con la armonía más llena del espíritu de Dios.

La Iglesia romana ó pequeña muere por su propia intemperancia; dichoso el siglo que le prepare la mortaja á ese monstruo de historia tan desesperada! En su adolescencia se desvió; en su madurez ha cometido atrocidades y ahora en su vejez mata y conjura en sus labios las aspiraciones más nobles de la humanidad, los impulsos del progreso.

Q.

VARIEDADES.

IMPRESIONES DE VIAJE.

Los dos templos.

I.

Existen encontradas opiniones sobre los viajes; unos creen que el hombre puede eludir su felleidad en vivir escondido entre las humildes cascas de una aldea, cuyos habitantes nacen, viven y mueren en ella sin haber escuchado el sonido de otra campana, que la que llama á los fieles en la ermita del vecino monte.

Existen las vegetativas, que solo pueden hacer adelantar el individuo moralmente, la parte intelectual tiene que dormir el sueño de la ignorancia.

Cuando no se reciben impresiones, las sensaciones son una lengua muerta; de consiguiente el pensamiento no puede objellvar lo que no ha visto; podrá, si, darle forma gigantesca á lo que la tenga pigma.

De una pequeña colina creará una cordillera de montañas; de un débil arbusto un cedro centenario; porque la imaginación es muy artística, por más que luego no pueda demostrarlo que siente y lo que sueña; pero cuando nada se vé, cuando no hay base, ningún edificio se puede levantar.

Otros aseguran que el mayor placer de la vida es recorrer el mundo y estudiar sus casos y costumbres, analizando y comparando.

Esta segunda parte de la dicha humana me gusta mas que la primera, es decir, me he es-

plicado mal, hay seres que nacen para gozar de las dulzuras del hogar doméstico y todas las circunstancias y accidentes de su existencia cooperan a ello; en cambio hay otras criaturas cuya misión es ser cosmopolitas, porque pierden su familia en edad temprana, porque sus intereses materiales o son muchos o ninguno, y en ambos casos, se puede cruzar la tierra sin que nadie nos llame ni nos detenga.

El poderoso lleva consigo la varita mágica del oro que le abre todos los centros de la sociedad, y el que nada posee puede llevar una vida nómada de los bohémios y de los desheredados de la fortuna.

La clase media está sujeta a una posición fija y no puede tan fácilmente abandonar su oficina; o su taller, y entregarse a la vida contemplativa y analizadora.

Así es, que el que puede, y había le une a su país, crea que debe viajar y estudiar en el libro del mundo la historia de la humanidad.

Siempre he mirado con profunda indiferencia los templos dedicados a Dios, y únicamente los que levantan a los artes, conocidos con el nombre de Museos, aun los solos que he contemplado con placer, porque he aspirado en ellos el aura bendita de la inteligencia que es emanación del Sér Supremo.

En mi infancia me hablaban del mar, y sin haberle visto, sin poder darme cuenta de su grandez y de su magestad, una voz secreta me decía: Allí se encuentra la Imagen de Dios.

Mis presentimientos no me engañaban: cuando vi el mar por primera vez, que fué en Cádiz, permanecí largo rato en la más profunda meditación, y desde entonces principié a dudar, y a inquietar; porque yo me encontraba tan pequeña para ser la última obra del Creador, mediana tan enorme, tan inalcanzable distancia de Él a mí, que yo decía:

Tal vez, haya otra raza más privilegiada que esté más cerca del Omnipotente; pero cuando me aseguraron que los descendientes de Adán eran los más perfectos, me pareció tan incorrecta la obra de Dios, que mi mente se convirtió en un verdadero maremagnum, que ni en la torre de Babel reinaría más confusión.

La equidistancia del materialista naufragaba ante mis ojos contemplando el mar, y el Dios del rayo y del trueno lo encontraba muy amenazado, muy puesto a nuestro alcance, cuando con

nuestras dólvas se contentaba, perdonando a los pescadores, si estos poseían una suma considerable para pagar su cuota de entrada en el casino del cielo.

Existía para mí tanta desarmonía en cuanto contemplaba; soñaba yo un Dios tan grande, y veía manifestaciones tan pequeñas, que al fin concluí por dudar de todo, perdiéndome en un dedale de conjeturas.

Llegó un día bendito en que conocí la supremacía, y entonces cayó la venda que cubría mis ojos, y contemplé ilimitados horizontes abiertos a la raza humana, la que era, más digna de llegar hasta Dios; puesto que Jesús supo escalar el cielo, bien pueden los demás hombres, con el trascurso de los siglos, asemejarse al regenerador de la humanidad.

Si antes nada decían a mi mente, los lugares consagrados a la oración, desde que soy verdaderamente cristiana dicen mucho, menos, al del mundo puede rebolarse algo.

Aunque Dios se encuentre en todas partes, no en todos los parages está nuestra imaginación en estado de comprenderle y adorarlo, y en las calles céntricas de los grandes capitales, entre el tumulto y la confusión, en que puede ocurrir donde el pensamiento fluctúa, es imposible, absolutamente imposible, que se consagre a la reconcentración de las ideas; porque las distintas corrientes fluidicas influyen poderosamente en nuestro ser, pero dejamos algunas y volvamos a la cuestión capital.

Decía que los templos nunca los he considerado bastante grandes para adorar en ellos a Dios.

Ni la gótica basílica, con sus altas columnas y sus estrechas ventanas, cuyos cristales pintados, copian los colores del arco iris cuando el sol los hñea con sus rayos; ni las sombrías iglesias de los conventos con sus magníficos coros, maravillas del arte por sus delicados trabajos en el alerce y en el cedro, maderas con que construían generalmente los altos, alíptes que ocupaban los siervos de Dios, ni la blanca ermita con su risueña virgen coronada de flores, nada me ha parecido suficiente para adorar a Dios; pero contemplando el mar, mirando esa exacta fotografía del infinito, no puedo con-

cebir como en las ciudades situadas en las costas se ha empleado tanto dinero en levantar templos, cuando la provida naturaleza les ha ofrecido un santuario magnífico, admirable y sorprendente, donde puede ir el hombre á comunicarse con su Creador.

En la esp. del hombre se ve el alma en su libertad, y en su libertad se ve el alma en su libertad.

Siempre he tenido costumbre de visitar en un mismo día (si me ha sido posible) diversos parajes, me ha gustado ir á un palacio y á un hospital, y así he podido comparar las distintas demostraciones con que se manifiesta la vida.

Seguendo mi plan, una mañana fui á buscar en la playa la esperanza para vivir, la resignación para perdonar, y la fe para creer.

Dejándome llevar por el suave empuje de las rizadas ondas, admiraba en ellas el retrato fiel de nuestra existencia.

Franjas de púrpura onaban el horizonte, velado este por azulada bruma, en tanto que en Oriente, el rey de nuestro planeta difundía con sus rayos el calor y la vida.

En el momento en que me encontraba en la playa, una voz me dijo:

Nunca he envidiado ni el oro de los magnates ni la hermosura de muchas mujeres; bellas como el delirio del deseo; pero la inspiración, el genio y la maravillosa facilidad que tienen algunos escritores, para describir, para copiar los hechos inimitables de la creación; ¡oh! á esos sí los envidio y los admiro; y daría el alma fuera por poseer toda una vida de felicidad por conseguir la difícil facilidad que tienen para escribir Lamartine, Chateaubriand, Victor Hugo, Castelar y Zorrilla.

En el momento en que me encontraba en la playa, una voz me dijo:

En el momento en que me encontraba en la playa, una voz me dijo:

En el momento en que me encontraba en la playa, una voz me dijo:

En el momento en que me encontraba en la playa, una voz me dijo:

En el momento en que me encontraba en la playa, una voz me dijo:

En el momento en que me encontraba en la playa, una voz me dijo:

En el momento en que me encontraba en la playa, una voz me dijo:

En el momento en que me encontraba en la playa, una voz me dijo:

En el momento en que me encontraba en la playa, una voz me dijo:

mino me detuve ante una iglesia vetusta y sombría, entré en ella y nunca me ha parecido el hombre tan pequeño como al hallarme en dicho recinto.

¡Qué imágenes! ¡qué atributos! ¡qué sombras y qué mezquindad! y allí va el hombre á pedir á Dios!... ante figuras raquíticas hechas por el mismo....

En los templos católicos romanos, el hombre se sobrepone á Dios, puesto que le da forma, expresión y ropaje. En las capillas evangélicas, Jesús se impone á los creyentes por medio de su santa palabra, ya esto es un adelanto; y á aquellos que vamos á orar en la playa la imagen del infinito nos domina, nos subyuga y nos despierta al mismo tiempo; haciéndonos conocer que nuestra raza tan orgullosa y tan despótica, es un simple átomo aislado en la creación que aún no ha podido formar una célula siquiera de las que se están formando para hacer la cristididad, donde saldrá un día la civilización.

La naturaleza es el único templo digno de Dios; los templos de los hombres son la caricatura del culto divino.

En la primera la vida, la luz, el calor y el germen de la idea.

En los segundos la sombra, el absurdo y la paradoja.

¡Bendito sea el verdadero cristianismo que elige el universo para adorar á Dios!

Dos templos visité en un día; en el primero lloré al verme tan impotente para comprender al Eterno.

En el segundo, también derrame amargas lágrimas, pero fué lamentando los errores y los desaciertos de la fratricida humanidad.

Analia Domingo Sater.

Madrid.

A LA JUVENTUD.

Hay una lucha incansable entre la materia y el espíritu, entre lo finito y lo infinito, entre lo individual y lo colectivo, entre lo bueno y lo malo, entre la verdad y el error, entre las ideas y los hechos, entre el derecho y la fuerza, y de este eterno combate que ejercita la inteligencia y las pasiones del hombre, nacen todos los progresos de la

humanidad; y aunque á veces parezca zozobrar en medio del océano del olvido, en la furia estruendosa de la tempestad, las ideas grandiosas, los sentimientos generosos, las grandes verdades, las bellezas sublimes, las aspiraciones nobles, llegan felizmente á las playas á depositar sus frutos, y vuelven á correr los huracanes que jueguen sobre las olas; las esperanzas humanas que jamás naufragarán.

Y pasan los años, y las generaciones se pufantando preocupaciones y errores, y la perfección á la cual todos aspiran, se dibuja siempre en el horizonte seductor y divino, con todas las bellezas, con todos los encantos, con todas las verdades y con todas las virtudes de un mundo desconocido, del que revela cada generación uno que otro arcano, que es al principio una locura, después una utopía, en seguida una revolución, y mas tarde una conquista definitiva, una práctica santa y noble que asombrará á la generación que la plantea, no tanto por los beneficios que recibe, cuanto porque no acierta á explicársela la ceguera de las generaciones pasadas que habieran querido ahogar á la reforma sucesivamente con rechiflas, con desprecios y luego con sangre, la última razón del orgullo y del fanatismo que sucumben fríos y humillados ante la ley de Dios.

La justicia inexorable del Porvenir, lanza el anatema á las ideas caducas, perdona y olvida á los que lucharon por ellas, y hace la apoteosis de los locos, tributa su admiración á los utopistas, su agradecimiento á los revolucionarios, y eleva á los hombres nuevos que regeneran con el manantial de otras verdades, de otras bellezas y de otras virtudes, la filosofía, la literatura y la moral de las generaciones que suceden.

Tal es la historia humana, la ley de su desarrollo; ley moral que tiene un carácter que la diferencia esencialmente de las leyes físicas y que un estudio detenido nos pone en espíritu de comprender mejor. En efecto, las leyes físicas tienen una eterna inmutabilidad que las rige por el número con una exactitud grandiosa por su sencillez y fide-

lidad, no sucediendo así; son las leyes intelectuales y morales, el dogma de unas generaciones es la irrisión de las otras; la sencillez, virtud de las unas es el repugnante fanatismo de las otras; la belleza encantadora de las unas produce en las otras fastidio ó ideas lugubres, que se lucha por huir de ellas, ó asombro, finalmente, por no comprender cómo las generaciones pasadas pudieron gozar, en espectáculos que no tienen atractivos para un corazón de pasiones ennoblecidas, para una fantasía cultivada y en la luz de otra civilización. Las leyes morales, como hijas de la Providencia, debían tener también su inmutabilidad, y como es que en cada nueva generación se modifican, y la ley moral de hoy, era la herejía de ayer, y la idea retrograda de mañana.

Es simplemente que cada nueva generación, si bien tiene analogías con la que la precede, hereda su experiencia y sus progresos, y trae además gérmenes de renovación que la diferencian de la precedente: la mano de la Providencia la dirige entonces de una manera conforme á sus modificaciones, y de allí resulta que, cuando decimos que las leyes morales son eternas, pero progresan eternamente para acomodarse á los tiempos y á los hombres, que hoy son más perfectos que ayer, y que mañana habrán ascendido un peldaño más en la escala del perfeccionamiento.

En la primavera de la vida siente el alma una necesidad de progreso y perfección, esa noble aspiración que hace al hombre que se deja arrebatar por ella, digno hijo de su siglo, apóstol de las ideas nuevas, obrero de las reformas del Porvenir. ¡Dichoso el que conserva siempre en su corazón, á pesar de los desencuentros, esta misma fuerza moral, y la renueva; porque es un espíritu superior que ha comprendido que la lucha es la condición de la victoria, y que aún por desgracia, el martirio es la aurora del apoteosis!

Los que aún sintáis latir, dentro del corazón, los nobles impulsos de las grandes aspiraciones, leedme, porque traigo para vosotros un preservativo contra el escepticismo,

una luz para vuestra inteligencia, y una esperanza que os levante tridulantes y llenos de fuerza y de vida de las miserias y desencantos del siglo XIX y de los pasados. Joven también tengo fe en que la tempestad reposará en las playas de las conquistas eternas del futuro, fríos dignos de los nobles esfuerzos que los cultivan con sus ábdores y con sus penas.

Levantad vuestra vista. A vuestros años se tiene la mitad de agilidad que abarca la extensión; contemplad cómo la humanidad toda se revuelve para conquistar la unidad de las convicciones; tendencia fielmente expresada por los grandes pensadores; ved todas las ramas de la escuela eccléctica agitarse y esforzarse para conseguir este resultado, al cual se oponen todas las pasiones exaltadas, todas las necias infalibilidades, y finalmente, el exclusivismo de los reformadores; que suprimen lo gratuitamente el derecho de implantar sus ideas, con exclusión de las demás, por amor a sus propias apreciaciones; no pesan el valor científico de las que otros han empujado.

Las escuelas dogmáticas desesperan porque en último resultado, sólo podrían obtener unidad de creencias, y como las convicciones no están a la orden de un dogma cualquiera por la diversidad de origen y fundamentos, aunque alguna vez pueden hallarse accidentalmente de acuerdo, ni es posible que los dogmas nacidos de un capricho de cualquier *sol disant* infalible, lleguen a constituir verdades absolutas por casualidad; solamente en este supuesto imposible los dogmáticos podrían aspirar a establecer la unidad de convicciones.

Los hechos históricos destruyen hasta la sospecha de que los dogmáticos consigan la unidad de creencias, ya que no son adecuados sus medios para producir convicciones. Las religiones pierden en su calucidad el poder coercitivo del que abusan en los días de su esplendor; el progreso, cuya gualaña es tan terrible y tan inexorable como la de la muerte, desgarrar el velo de los misterios, proclama los derechos de la ciencia, rareome el edificio de los dogmas, y hace apare-

cer las heresias, fuentes para años de exaltacionismo, de impiedad y de ateísmo. Y para otros, auroras de solitas convicciones racionales. Después de las heresias, sin embargo, con la indiferencia y el desprecio, desdoblándose interiores, que agotan los esfuerzos de la fe, y el fatalismo pasa a ser una locura incomprensible, y los dogmas y los misterios, temas dignos de esa locura.

Observacion curiosa y enseñanza digna de aprovecharse: el orden de las causas que combaten con las ideas nacientes y que las hacen desarrollar, es el mismo, pero inverso del que combate y aniquila las ideas caducas. No está, pues, reservado a los frenos de la ancianidad humana, establecer la fórmula general de las convicciones de la humanidad; en el porvenir, ni mucho menos, al excepticismo de nada que puede calificarse por diando el dicho de Salomón: «Necesidad de necesidades, y todo necesidad».

El excepticismo es una entidad, algo más antiquática que el mismo. Un joven exceptico es un contrasentido, una fuerza vigorosa inútil. El ibístico, si es capaz de los más grandes crímenes, también arrebatado por el entusiasmo y por la fe, sueña ser el héroe generoso de las virtudes más sublimes, por lo que tienen de desinteresadas. No así ciertamente el exceptico, cuya risa estridente resaca en los aires como una condenación lanzada por su soberano desprecio, a las convicciones y a las virtudes del hombre.

El excepticismo, por lo tanto, es completamente transitorio: una de aquellas mil formas que revisten los que aún no tienen la fuerza moral e intelectual necesaria para decidirse a marchar a impulsos del progreso humano. Es un peregrino que se sienta en una piedra del camino para tener la estúpida satisfacción de reírse de los que le saludan al pasar. Los místicos y los excepticos, y sus satélites los fanáticos, los incrédulos y los indiferentes; en estos tiempos de transición, tan abundantes, serán muy escasos cuando pase la epidemia. Uno que otro misántropo será atacado de estas enfermedades intelectuales y morales, que se curan con el estudio, la reflexión, y sobre todo, con hacerse

el ánimo de arrostrar y vencer los obstáculos que halla á su paso el hombre que toma una resolución; pero cuando el hombre se resuelve, no puede mantenerlos largo tiempo en una atmósfera artificial que al fin se descompone y los sofoca.

Las escuelas sistemáticas son una especie de filosofías dogmáticas, que adoptan un principio verdadero para un orden de ideas, y lo aplican como dogma y solución de todo, aunque pertenezca á otro orden y esté regido por otras leyes. Los que así hacen la naturaleza á su lado, tienen muchos desengaños que los llevan al fin al escepticismo, después de haber desarrollado su principio en todos los lados, cuando que fastidia cuando pasa la moda. De estos y de sus escuelas puede decirse lo mismo que de las religiones dogmáticas y sus sectarios, con quienes gobiernan muchos siglos.

Sobre las ruinas de los exclusivismos, levántase las torres de la escuela eclesiástica á combatir la inacción, el escepticismo y la indiferencia, hijos de un pereoso desencanto de los sistemas exclusivos, vanidades de las ideas del mundo civilizado; mientras el escepticismo prepara la nulidad científica, religiosa, moral, social y filosófica de la humanidad. ¿Por qué se combaten entre sí estos titanes, cuando á ellos está reservada la dirección de la humanidad á la consecución de sus destinos? ¿Por qué si el Racionalismo viene á quitar las trabas de la fe ciega, el Positivismo á aprovechar todos los elementos útiles de la naturaleza y el hombre, y el Espiritismo á satisfacer todas las aspiraciones, se han de combatir tan rudamente cuando podían marchar juntos estableciendo bajo la base de la libertad del pensamiento, de la utilidad, y de las necesidades y aspiraciones del hombre el credo eclectico de cada siglo? Tal vez porque el egoismo sistemático no se ha abandonado aún, y porque á la lo de las preocupaciones del vulgo están las preocupaciones de los sabios y de las Academias, más arraigadas y menos discutibles. Así iránse absorbiendo estas escuelas, en la que tenga más elementos de vida y llene las necesidades de la humanidad; porque los sabios, aunque muy á pesar de su vanidad, son hombres igualmente, y el orgullo por más que los aleje de todos,

no podrá mantenerlos largo tiempo en una atmósfera artificial que al fin se descompone y los sofoca.

Los que aspiran á la gloria y á la grandeza, buscan, en estas escuelas, la fuerza de vuestras convicciones, el entusiasmo con que se emprenden las grandes acciones. Estudiarlas todas ellas y nada temais, cuando vuestra razón se decida, porque estais con vuestro siglo. Mucho tiempo hace que luchan entre sí el Racionalismo y el Positivismo, mezclado aquel por desgracia, antes de tomar su forma filosófica en la calle Alemania, á las disputas escolásticas de la Edad Media. Las herejías, excomulgadas por los concilios y los papas, fueron otras tantas emancipaciones de la razón, otras tantas aspiraciones á la libertad, que se pretendieron ahogar en sangre: pero que surgieron después sus cenizas, cada vez más libres y enérgicas hasta levantar en masa al pueblo más pensador de la Europa, contra la tiranía y la corrupción del papado y el poder absorbente del clero. El principio utilitario del Positivismo favoreció durante toda esta época esos mezquinos intereses, que detuvieron largo tiempo el progreso humano dentro del círculo de los dogmas y de los misterios. Mucho tiempo ha sido preciso para que el espíritu inglés se apoderara de ese principio, á fin de nacer el Positivismo contemporáneo, que es definitivo, quiere la Reforma respetando los derechos del abuso. El Espiritismo, aunque ha tenido sus mártires y su historia, porque sus hechos son resultado de una ley eterna, no se ha formulado eclectico y respetable sino al comenzar la primera mitad de este siglo por el ilustre filósofo y gran pensador Allan Kardec.

Pero cuál de estas tres escuelas hermanas tiene más elementos de vida y está destinada á plantear en el planeta más sólidos y abundantes principios de progreso, de libertad, de fraternidad, de igualdad, de grandeza y sublimidad artística, y de otras felicidades que aspira á gozar la humanidad? Todos estos principios son otras tantas miras de las escuelas eclesiásticas, unas no del mismo

modo cada una marcha á conseguirlos. El Racionalismo se suele extraviar en el absolutismo de sus principios, no acomodándose á los tiempos y á las épocas; haciendo abortar ideales espléndidos. El desarrollo desigual de las facultades humanas hace nacer muchos sistemas absolutos y exclusivos, de que cada individuo es un representante, que nada tiene de común con los demás: millones de hombres colocados en distintos puntos de vista, no leendrán un espectáculo común, y en vano pretenderán hacer creer á los demás que su modo de ver es el único. El Positivismo, muchos menos elementos tienen aún, puesto que no satisface ni aún vagamente las aspiraciones á la inmortalidad que siente el Espíritu. Ni aún puede formular una moral digna del hombre sancionada con penas y premios positivos. Fuera de las acciones que caen bajo el dominio de la justicia humana, no puede promover ni las grandes virtudes que tienen su fundamento en la abnegación y el desinterés, porque mata las esperanzas del hombre al borde de la tumba.

El Racionalismo espiritualista siempre las conserva y vivifica, pero su vida, futura, llena de vaguedad, ni satisface al Espíritu ni le obliga humillarse casi siempre en los abismos de la duda. No así el Espiritismo; siendo una fórmula concreta de la vida futura, mas posible que la inmortalidad abstracta de la gloria positiva, más racional y demostrable que todas las concepciones de la razón, con un cúmulo inmenso de hechos que la demuestran, halla en esta vida futura la satisfacción de las necesidades del Espíritu, y la fuerza necesaria para practicar la virtud. Entra por lo mismo en el terreno de la filosofía, sin otro credo que Dios y el progreso; investiga en todos los principios, en todos los sistemas, en todas las escuelas, para tomar de cada una la enseñanza de la razón y de la experiencia.

Escoged, pues, entre las tres ramas cuya historia y principios fundamentales hemos asestado, y sed de hoy en adelante campeones de la verdad, del bien, de la belleza, del derecho, de la libertad y de la fraternidad humanas. Y si llegáis á perennitades de

que sobre todas las miserias hay un Dios eternamente justo, podéis sufrir todos los dolores, emprender los más penosos trabajos, decorar vuestro corazón con todas las virtudes, ilustrar vuestra conciencia y vuestra razón, porque mas allá de ese momento que nos separa del planeta, hay una existencia eterna, de infinitas delicias, para quien quiere y hace por ser bueno á su paso por la tierra.

Joaquín Calero.

LOS GRANDES PROBLEMAS

Si de la nada á lo infinito abarca la finita razón que alumbró y ciega, ¿por qué la duda con la fé luchando es la historia cruel de mi existencia?

Mas ¿qué es la nada? Si el ratio horrible niega el sentido y la razón condena, dando del ser la idea que no alcanzo, pues ley que ignoro, ¿á mi querer lo veis?
¿Ser ó no ser! al borde de un abismo
cual pendulo mi espíritu flaquea...
y sin embargo, el trágico lo dijo:
¿ser ó no ser! en esto está el problema.

Yo pienso, luego existo, dijo el hombre, y durmióse al arrullo de la escuela, mas al abrir los ojos á la duda oyó dentro de sí ¿cuál es mi esencia?

Si es el ojo un cristal; ¿quién la medida de las cosas me dá? ¿de qué manera podré fijar sus límites precisos si en mudando el cristal se mudan ellas?

Y cuando al seso del sentido pasan convertidas las cosas en ideas, ¿quién me asegura que el cristal interno como el ojo exterior infiel no sea?

¿Qué es el mal? ¿qué es el bien? ¿por qué mi alma

ha de reñir en desigual pelea contra esta masa de impalpable polvo, estrecho molde á su inmortal diadema?

¿Es la unidad concepto de la vida? ¿es la vida la forma de la fuerza? ¿dó su origen está? Si creo ó dudo ¿quién piensa en mí, espíritu ó materia?

Hermes tomó un crisol, y allí fundida halló entre átomos mil óna molécula que ni verbo unida, en indiviso instante cruzó el espacio cual viviente flecha.

Y díjole al partir: «Si la palabra entre mallas de acero corre y vuela en los nervios, que son mallas de carne; acaso al pensamiento al fin sorprenda.»
«Y si el pensar en la materia existe, ya la duda de Leche está resuelta, dando á Dios el Imperio de los átomos y al átomo más vil materia y fuerza.»

¡Fuerza y material! ¿caso estas palabras se ajustan al concepto en forma cierta? ¿quién definió sus límites y modos, halló sus causas y alcanzó su esencia?

Dadme un compás que mida lo infinito, un escámpelo que á la vida mida, otro crisol que al átomo divida, el una allá, porque mi ser anhela!

II.

Hayó la luz... el aura fuorlunda su beso envía á la enramada espesa, dormita el ave y el reptil inquieto busca las sombras en la hendida peña.
En noche avanza... en el cóncavo espacio una esfinge se asoma en cada estrella, y la voz del silencio eco profundo de otros globos sin nombre, ni nuestro llaga.

El astro de los públicos amores su prestado fulgor tío refleja sobre las tumbas que misterios guardan, sobre las ni mas que ilusiones llenan.

Del sueño en la penumbra y en los párpados caen velando la pupila inderta, y allá en los senos que el cerebro oculta alguien escribe en ignoradas letras:

«Crecer, sentir, pensar... por esta escala sube hasta el Ser la creación entera, infinita en lo grande y lo pequeño, como la causa que le dió su esencia.

«Mas no preguntes, no, de grado en grado cómo cambia su ser naturaleza, ni si en la fuente universal de vida viven juntos el hombre, el pez, la piedra.

«El grano dá á la espiga, y en el grano hojas, tallo, ni flor, nadie penetra, mas su fosa cavaste en hondo sureo y en su mortaja á revivir empieza.

«Que es el sepulcro manantial de vida, y el nacer y el morir doble faceta del cristal que refleja en sus fulgores el foco creador de luz inmensa.

«Y es el tiempo, gemelo del espacio, imagen móvil de la inmóvil idea, que como arrasca á las sombras de la muerte la vida universal que el Cosmos llena.

«Conócete en tí mismo y es la especie hasta que un punto, que finleñas velan, es la espiral eterna del progreso y hombre y humanidad hallan su moen.

«Y cuando el globo en su última voluta de otro soles penetra en las esferas, el ya do tantos siglos será, nese la concelecia de edades más perfectas.

III.

El astro rey ni despertar un mundo al otro mundo su esplendor le niega... ¡Cuánto ha de ver el hombre en este símbolo que á medín luz se vive en esta tierra!

O. Pascual y Geniz.

Febrero de 1876.

A UNA NIÑA.

No llores, hermosa, la muerte del padre; ¿quién sabe, hija mía, si en vez de llorarle delieras reírte, al ver que triunfante dejó la envoltura sin pena, que manche su pura concelecia? No llores ¿quién sabe si peux al oírte por no consolarte! Tu padre era bueno, sufrido y amable; quería á sus hijos, cual no hubo otro padre; su esposa mimada por él, fué bastante; amigos queridos, de un modo extrañable, socorro encontraron, favores muy grandes;

¡qué nunca á su puerta
llamaron en balde!
ninguno se queja,
y mal no hizo á nadie!
¿De qué, pues, tu pena?
Quisieras hablarle....?
Sú blanca cabeza
euldar como antes,
y aquellos micheques
volver á peinarle....?
¡El goce más puro,
qué en vida encontraste...!
¡No flores, hermosas,
que vds á enojarle,
al vé, que prefieres
tenerle delante
ya viejo, enfermito,
con grandes achaques;
sufriendo dolores
de ruina, tenaces -
al pesan los años,
que el tiempo nos trae;
¡flúvil olivero,
quién fué tan gigante,
cútan fibroso
en otras edades,
y ayer contrahído
se vió por los mules,
sirviendo de estorbo,
quién fué un Atchilades!
¡No res; hija mía,
que hoy rutilante
sus alas despliega
y el ciel le place
bender, á capricho,
surcando los mares
de soles fulgentes,
que en luces vivaces
el iris le muestran,
molles brillantes,
formados con trenzas
de flores solares,
qué arroja el sentido,
qué ciega, qué atrae....!
No flores, ni triste,
que allí goza el padre,
delicias, que al justo
promete aquel Mártir,
que en cruz afrentosa
selló con su sangre
el pacto sublime,
que ofrece rescate
al alma, que sufre
y quiere elevarse;

pues dijo: no es bueno
aquel que no nace,
de nuevo á la vida
á fin de epurarse.
Consuélate, hija,
porque estos pesares
aumentan la pena,
de aquellas que parten.
Si Dios lo ha dispuesto
con ley inmutable,
acepta cristiana
la orden del Padre!

ANTONIO DEL ESPINO.

Octubre 1873.

MISCELÁNEA.

Ha una correspondencia de París, estragada
tamos el siguiente párrafo:

La Academia de ciencias morales, quedándose
poco menos que perpleja el otro día, oyendo
referir el caso de una *histeria* de Burdeos que
ofrece el problema psicológico más extraordinario.
Suele á la histeria en cuestión cogerle
unos ataques con dolor en las sienes y un ligero
letargo, cesa este al poco rato y la histeria
aún atecada, pero lúida, prosigue su vida
usual, dá conversacion, rie, anda, se comierva;
para abreviar, obra en todo como en estado
normal; éntrale otra vez el letargo y, al consue-
lido dolor y vuelve la histeria en sí, con la ma-
ravilla de no recordar nada, Absoluta mente na-
da de cuanto ha hecho durante la crisis; ó sea
entre letargo y letargo. ¿Qué cerebro es ese; dice-
se los psicólogos, que al parecer cuenta con dos existencias y
que facultada las unas, que desea á reemplazar la
simultaneidad de dos personalidades dentro de un mismo
ser? ¿y qué memoria tan especial, sobre todo, esa
que se ausenta entre unos instantes de letargo?
La Academia no ha terminado aún el examen
de este por demás interesante fenómeno, siendo
esperada con ansia la conclusion á que se incli-
nará.

Como los fenómenos iguales ó parecidos á
la histeria en cuestión, son tan frecuentes
en nuestros Centros y los Espiritistas es-
tudiosos saben á qué atrevosa sobre el particu-
lar, no creemos necesario hacer comentarios
acerca el perplejo asunto de que hoy estudia
la Academia de ciencias morales de París,
que si quiere encontrar el problema, una so-
lucion racional, tendrá que venir á parar á
la comunicacion entre el mundo visible é in-
visible, al somnambulismo natural, y en una
palabra: al Espiritismo con todas sus consi-
guencias.

Imprenta de Costa y Mira.